

El Pabellon Cubano

ORGANO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

REDACTOR, EMILIO ARTAVIA

AÑO I

San José, domingo 29 de Marzo de 1896.

NÚMERO 27

CONDICIONES

Saldrá los jueves y domingos.
Serie de 10 números.....\$ 1 00
Número suelto..... 0 10
Avisos, precio convencional.

ADMINISTRACION

6ª Avenida O., N° 268 — Apartado, 219.

PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO.

Cuerpo de Consejo en Costa Rica:
Presidente, don Santiago Güell.
Secretario, don Francisco Chaves M.
Dirección: Apartado 363.

CLUBS

establecidos en la República para
auxiliar la independencia Cubana
SAN JOSE.

Club de sras. *Hermanas de Maria Maceo*.
Presidenta: señora María O. de Maceo.
Secretaria: señorita Josefina Loinaz del
Castillo.

Club *Hermanos Maceo*.
Presidente: don Santiago Güell.
Secretario: don Gregorio Santisteban.

Club *General Maceo*.
Presidente: don Prudencio Odio.
Secretario: don Joaquín Tamayo.

Club Costarricense *José Martí*.
Presidente: Dr. Manuel Echeverría.
Secretario: don Francisco Mayorga R.

Club Obrero *El Pabellón Cubano*.
Presidente: don Emilio Artavia.
Secretario: don Moisés Ramírez.

Club Infantil *Recuerdo á Martí*.
Presidenta: señorita Julia Pérez.
Secretaria: señorita Adriana Loinaz del
Castillo.

HEREDIA.

Club Herediano *El Grito de Yara*.
Presidente: Lc. don J. Federico González.
Secretario: don Nicolás Hidalgo.

ALAJUELA.

Club *José de la Luz y Caballero*.
Presidente: don Tranquillo Chacón.
Secretario: don Paulino Dubón.

GRECIA.

Club de señoras *Agramonte*.
Presidenta: doña Eulogia R. de Maroto.
Secretaria: señorita Amelia Portugés.

Club *Carlos Manuel*.
Presidente: don Pedro Barahona.
Secretario: don Emilio Serrano.

SAN RAMÓN.

Club *Bolívar*.
Presidente: don Luis Rodríguez.
Secretario: don Florentino Lobo.

PUNTARENAS.

Club *Mariscal Sucre*.
Presidente: don Miguel H. Céspedes.
Secretario: don U. Fonseca.

NICOYA.

Club de señoras *Cubanas y Nicoyanas*.
Presidenta: doña Cecilia de González.
Secretaria: doña Elena v. de Crombet.

Club *Crombet Borrero*.
Presidente: don Pedro González.
Secretario: don J. J. Matarrita.

MATINA.

Club *Cuba Libre*.
Presidente: don Pablo Pérez.
Secretario: don Edgar P. de Arce.

LIMON.

Club *Brigadier Crombet*.
Presidente: don José Arrasty.

EL PABELLON CUBANO

LAS REPRESALIAS DEL MARQUÉS.

(EPISODIO DE LA GUERRA HISPANO-CUBANA.—1868-1878.)

HACÍA un calor insoportable en aquel bosque de Cuba que caldeaba el sol del medio día y el viento ardoroso, mensajero del incendio que tras sí dejara la guerra tenaz y sin cuartel; un campo de exuberante vegetación chisporroteaba no muy lejos de aquel lugar donde un pelotón de hombres ocultos por un muro de tupida hojarasca, silenciosos, el oído atento al más pequeño rumor, ávida la mirada hacia un claro distante, corte de una abra, esperaban en bien dirigida emboscada al enemigo denunciado ya por los exploradores.

Eran pocos; no sumaban veinte los armados con fusiles de pistón medio rotos, pero servibles merced á las ligaduras hechas con fibras de yagua ó degado bejuco de la *manigua*; apenas tenían municiones de repuesto, pero sobrabanle, en cambio, fatigas, hambre, sed, y el sueño caía sobre sus párpados como las gotas de sudor sobre sus rotas vestimentas. Puede decirse, sin caer en error, que aquel puñado de hombres no paraban mientes en el pobre equipo, ni sentían los horrores del cansancio y de la abstinencia: tal era el afán de batallar que les infundía la llegada de una columna española y el deseo de destrozarla para continuar la interrumpida marcha ó morir, como héroes, en la cruenta lucha.

Comandaba aquel reducido destacamento de sublevados un hombre alto, delgado, ancho de

espaldas, de complexión fuerte aunque de andar perezoso denotando una magestuosa calma y serenidad de espíritu, como si el lugar que pisara en aquellos momentos fuera el tranquilo parque de solariego palacio. Su edad pasaría de los cuarenta años que principiaban á blanquear el poblado bigote, lengua barba y recia cabellera que cortada por una línea desde la izquierda sien, daba á la altanera cabeza cierto parecido á la cincelada por Miguel Angel en su inmortal Moisés. Frente ancha y serena, ojos azules de mirada apacible y extensa como el mar, nariz grande y aguileña, completaban aquella fisonomía noble y simpática, que creyérase modelada en moldes de antiguos romanos ó dibujada á la vista de bustos de aquellos cruzados de la Edad Media. Su traje corría parejas con el de sus subordinados; usaba, sin embargo, un grueso zapato de baqueta bastante deteriorado; no portaba, según costumbre, arma alguna, manejando tan solo un tosco junquillo con el cual y á guisa de látigo, azotaba invisiblemente al tirano que arrojaba sobre su patria inmensos y bien pertrechados ejércitos.

Impacientábase ya la gente cuando la avanzada española apareció por el abrupto camino y seguía el grueso de la columna, fuerte de unas doscientas plazas; caminaba descuidada, rendida por el calor... Una descarga brotó de la espesura y en pos de ella un pelotón de hom-

bres convertidos en fieras, con gritos estentóreos, castigó sin piedad, sembrando la confusión, por el rudo é inesperado acometimiento, en la tropa española que huyó á la desbandada en la creencia, quizás, de numeroso enemigo oculto.

La retaguardia se defendía débilmente cayendo á los ciertos disparos de los guerrilleros cubanos á quienes el jefe, en medio del peligro, agitando ó golpeándose las piernas con el junquillo, les animaba diciéndoles con calma terriblemente glacial si no la acompañara la sonrisa, lo mismo que en las trincheras de Bonilla repetía á los cansados combatientes:

—Tirar, muchachos, como ustedes saben.

Un español rezagado se le encaró.

—¡Ríndete!—le intimó, desarmándolo y haciéndole prisionero, quien con el espanto en el semblante y temblores del miedo, estupefacto, preveía cercana muerte.

El jefe lo contempló breve espacio; cayó sobre el vencido su mirada amplia, vastísima como la inmensidad desplegada en el cerebro que labora la misericordia; sintió la especie de álito embriagador que acompaña á la grandeza del perdón... Escupió sucesivas veces—característica de aquel singular personaje—y reposadamente exclamó, como traduciendo en palabras el eco íntimo, no de la tempestad que bulle en la mente sino del retozo en la alborada de un buen día:

—¿Y qué hago yo con éste?

Repentinamente, dirigiéndose al prisionero, le señaló con la varita el rumbo por donde escapara la barrida adversaria hueste y dijo:

—¡Vete!

El patriota, héroe de aquella jornada fué un ilustre prócer camagüeyano, noble por su cuna, pero más noble por sus hechos.

JOAQUÍN ALSINA.